

Domingo XXV del Tiempo Ordinario (22-09-24)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Una bienvenida a todas las familias que concluyen la semana y el mes de la familia con nosotros; y también a los hermanos de la Hermandad del Señor del Costado, así como a los chicos de la confirmación y a los chicos acólitos que han venido.

Este domingo el Señor vuelve a contarles, por segunda vez a sus discípulos, el camino que lleva y hacia dónde va; quiere instruirlos en el centro de su misión: su entrega generosa al servicio de la humanidad que está dispuesto incluso a la muerte para dar testimonio de que Dios es vida y es amor y, sobre todo, es un Dios que quiere la salvación de los seres humanos concentrándose en el servicio. Pero resulta que los discípulos están distraídos en otra cosa.

El Señor, hasta ahora, nos sigue diciendo que el único camino para la felicidad -también para la felicidad de la familia, para la felicidad de un país, para la felicidad del mundo - es aprender a servir, aprender a hermanarnos comprendiéndonos y ayudándonos. Sin embargo, también hoy, como les ocurre a los discípulos, andamos distraídos en otras cosas. Y cuando les pregunta el Señor de qué estaban conversando en el camino, tenían vergüenza porque, mientras Jesús les hablaba de su muerte y del cómo iba a hacer este camino tan difícil (porque lo rechazaban, sobre todo, los grandes de Israel), ellos están

conversando sobre quién va a ser grande, quién va a ser pequeño y quién va a ponerse en el primer lugar; o sea, estaban tratando de imitar a los “grandes” que, justamente, iban a matar a Jesús.

En cierto modo es una especie de actitud de culto del poder por imitación a lo que ocurría en Israel. Es muy difícil, cuando hay una situación de ambición, de poder, de pasión, como existe hoy día en la humanidad, sustraerse a la influencia de eso. Todos estamos tentados de querer resolver los problemas apasionadamente y de acuerdo a la falta de criterios, sin pensar, sin ordenar, sin sabiduría (como hoy día nos remiten los textos a profundizar); y terminamos haciéndolo simple y llanamente por ganas, por ímpetu, por pasión, en base a una actitud espasmódica, como si se tratase de reaccionar a un dolor en el cuerpo. La vida no se puede ordenar de esa manera ni va a ser provechoso para nadie el solamente proceder por reacción inmediata.

Nuestra reacción tiene que ser siempre ponderada, tratando de ver hacia dónde va lo que vamos a hacer. En ese sentido, los discípulos, se habían dejado contagiar por el significado más conservadora que representa la expresión: “el Hijo del Hombre”.

“El Hijo del Hombre” tenía dos maneras de pensarse en la época de Jesús: La primera es la sacerdotal, que está en el libro de Daniel, en donde se dice que el “Hijo del Hombre va a bajar del cielo y va a juzgar”, que se refería, sobre todo, a juzgar los que habían perseguido a Israel en ese tiempo, que fueron los griegos seleúcidas que invadieron el templo

de Jerusalén y torturaron a la gente; y, entonces, los sacerdotes escribieron un libro recordando esa figura del Hijo del Hombre (el libro de Daniel), diciendo, en el capítulo 7, que va a venir del cielo y va a juzgar a todos en forma potente. Pero una vez que ocurrió eso, porque, en realidad, pasó que el grupo macabeo, que es un grupo hebreo que se rebeló contra estos griegos abusivos, logró el poder y logró vencerlos, de tal manera que se generó un Israel independiente; pero pasó una cosa muy seria: traicionaron y se volvieron igualitos a los malvados y empezaron a hacer lo que querían con la gente, hicieron una dinastía y una tiranía. No sirvió de nada haber vencido a los griegos, cuando después ellos terminaron con los mismos criterios que ellos. Entonces, se difundió entre la gente sencilla que el Hijo del Hombre ya había llegado a través de ellos, impulsando a ellos a una acción justa en su inicio, pero al traicionar, ese hijo del hombre se había escondido, Así se pensaba que era alguien que, escondido, se identificaba con los sencillos.

Y todos, entonces, jugaban un poco a la adivinanza. ¿Quién es el Hijo del Hombre? El Hijo del Hombre sencillo que el pueblo necesita para vivir, no el Hijo del Hombre pensado como una fuerza prepotente y desastrosa, más bien, el Hijo del Hombre como aquel que se identifica con la gente. Y por eso es que le dicen a Jesús que él es uno de los profetas (en el texto que vimos la semana pasada), porque es la gente es sencilla que había acompañado con su palabra y con la Palabra de Dios la vida de la gente. Y Jesús se identifica con esa misma idea. Eso está en el profeta Isaías, ya lo habíamos recordado la vez pasada: “Tú eres un Dios escondido, escondido entre los escondidos”. Es ese Dios

que manda al profeta Samuel a elegir a David, que es el último, el pequeño. Y todo el camino del pequeño, el del último, es fundamental; y Jesús se identifica con esa idea, dijo del Hijo del Hombre, que es la que representa realmente el camino de Dios.

En medio de cualquier situación adversa, lo primero es encontrar el camino de los últimos, acompañarlos y comportarse como Dios se ha comportado; es decir, aquel que está cerca de los que sufren y, entonces, hay un empalme entre Dios como Padre, que a sus hijos le manda su Hijo y ese Hijo se identifica con los hijos más chiquitos, menores, como los más pobres, con los que sufre, y así entonces el mundo puede cambiar porque ayuda a que todos salgamos de nosotros mismos y nos acompañemos.

Qué bonito es ese ejemplo porque el Señor, que sabe que se está discutiendo sobre quién es el primero, entonces, llama un niño pequeño, lo pone en el medio, lo abraza y les dice: El que no es pequeño como éste y no ayuda al pequeño, entonces, no participa y no acoge a Dios mismo; quien lo acoge, sí acoge a Dios.

Esto quiere decir que la experiencia cristiana es una experiencia de acogida del Otro en tanto que sufre, que necesita y necesita mi compañía. Si eso lo hizo el Señor, ése es el camino que nos traza y llama a realiza. Qué bonito el ejemplo porque, en la familia, qué solemos hacer?: siempre al menor, al pequeño, lo apapachamos. No sucede en nuestras familias lo que dicen los pensadores modernos: que somos arrojados a la existencia. No, nos tratan con cariño, nos ponen pañalito, nos hacen nuestra fiestita, nos

cantan y nos alientan. Y todos hemos sido recibidos así, todos somos recogidos, hermanos y hermanas, porque somos acogidos.

La misión número uno de la familia es, habíamos dicho, regenerar el mundo a partir de la reconstrucción de las personas, de los sujetos creadores de futuro. Cómo vamos a crear futuro si no somos amados; cómo vamos a reconstruir el mundo que está hecho pedazos si es que, desde lo más pequeño de todos los días, la familia, las relaciones humanas en el barrio, las organizaciones de cada lugar no son tocadas por la misericordia. Y tenemos para eso que, Jesús, el fundador de nuestra fe se identificó con los pequeños y nos invita a seguir ese camino, el único camino capaz de solucionar los grandes problemas de la humanidad.

Aquí tenemos al Señor del Costado (no el costado que está a mi lado, sino del costado de la costilla derecha de donde brotó sangre y agua). Recuerden que habíamos dicho en las reuniones con las familias que no es nacer de lo alto, es ser engendrado de lo alto, ser engendrado del agua y del Espíritu. La humanidad, para nosotros como cristianos, siempre necesita no renacer, sino ser engendrada nuevamente del costado de Jesús. Y ese costado de Jesús es el haber derramado su sangre hasta la última gota por darnos vida. Eso es como una especie de acto de fecundación, y ese principio es el que nos permite existir y aprender de nuestro Dios que mandó a su Hijo a amarnos gratuitamente. Y el camino de la historia de la humanidad está destinado a vivirse mediante lo gratuito, la gratuidad.

Para eso necesitamos cambiar nuestras concepciones, porque la fe no es un negocio en donde yo recibo y, entonces, yo tengo que dar necesariamente. Cuando uno da algo no es por obligación, sino por inspiración; si yo acojo el amor de Dios gratuito, Él me llena y yo por inspiración lo acojo y vivo de acuerdo al Señor fielmente. Pero, cuando todo gira en torno a una mecánica en la que yo te he dado mi amor, entonces, tú me pagas, me pagas con obras y nos ponemos a hacer miles de obras ... y es una locura, igual que lo espasmódico, porque estamos armando cosas que no pide el Señor. El Señor pide, simple y llanamente, dejarnos inspirar por Él para que, en forma consciente y poquito a poco, conforme tenemos que resolver cada uno de nuestras historias y conflictos personales, ir avanzando hacia la dimensión del amor. Por eso, hemos dicho muchísimas veces que Dios nos ama gratuitamente, y lo que es gratis se acoge como regalo.

Esto es muy importante porque, cuando confundimos las cosas y queremos “ganarnos” a Dios, empezamos a reventarles cohetes, a hacerle fiestas, a hacer una serie de malabares y prácticas de piedad. Me flagelo, me pongo piedritas para ponerme de rodillas y creo que eso le gusta a Dios. A Dios no le gustan esas cosas, a Dios le gusta la misericordia. Si su Hijo se entregó a Él y dijo que, a pesar de que se le moría a su Hijo Jesús, Él lo resucita, pero sabe que la única manera de salvar a la humanidad es transparentarlo, mostrar a todos que solamente el amor nos salva, y eso suscita en nosotros un cambio por medio de su Espíritu, entonces, la cosa es linda porque no nos está diciendo: si no me amas, como respuesta, te mato. En el

Deuteronomio hay un texto parecido, en el Antiguo Testamento, donde todavía las cosas no estaban claras. “Yo amo al que me ama, y odio al que me odia, y destruyo su persona”, así dice en el Deuteronomio.

Esas cosas las corrige el Nuevo Testamento y se nos revela que Dios nos ama gratuitamente y tiene paciencia con nosotros. Aprendamos nosotros también a tener esa paciencia, pero, especialmente, dedicamos la vida a servir a la gente, especialmente a los que más sufren, a los pequeños. Como hemos hablado estos días de las familias que se han logrado constituir y ayudan a las familias que no pueden unirse bien y tienen problemas, las comprenden, las acompañan y no las juzgan.

Aprendamos a comprender antes que juzgar, y ayudarnos a construir una pastoral familiar misionera que llene de alegría a toda nuestra comunidad cristiana en toda la ciudad, porque sí tenemos muchos problemas familiares. Y quiero decir una cosita brevemente porque, así como los discípulos buscaban el poder, también hay familias que se sienten mejores y ven a las demás como una chusma. Todo eso tenemos que cambiar.

Lo importante es que siempre que tengamos algo bueno logrado, no creamos que, por eso, somos superiores. Por eso que corrigió el Señor a sus discípulos, porque el que quiere ser el primero, que sea el último y el servidor. No está mal ser primeros, pero como servidores. Y, por eso, también, cuando hay problemas tan graves como el incendio de la selva, no podemos estar pensando en frivolidades; en que, como conmigo no fue, entonces, yo me voy a comprar

un carro súper caro. No, este es el momento en que tenemos que tomar conciencia que hay problemas, y vivir de acuerdo a eso que llamamos *la interpelación de Dios y de los rostros de los otros* para poder abrir nuestro corazón y servir. Hay muchísimos problemas hoy día, hay muchos rostros de niños, de pobres, de situaciones complejas, o como en este momento en la Amazonía que se está quemando por todos lados y que está siendo provocada por gente ambiciosa que quiere transformarlas en cultivos deshonestos y con cultivos de robo.

Hermanos y hermanas, es un momento urgente para abrirnos al Señor que nos ama y dedicarle, con nuestra vida y nuestra fidelidad, nuestra entrega, no a partir de una constricción y una obligación, sino a partir de una inspiración que nos permita a todos crear la forma en que hemos de servir y ayudar a los demás.

Que Dios los bendiga a todos, y a la Hermandad del Señor del Costado le damos gracias por venir también porque, ese costado, nos hace regenerar este mundo.

Amén